

"Trances"

Alberto Rubio



Trances

EDITORIAL UNIVERSITARIA

Por Alberto Rubio.
Editorial Universitaria.
Santiago, 1987. 91 páginas.

Desde *La greda vasija*, su libro de 1952, la poesía de Alberto Rubio viene siendo la vindicación de un modo de deletrear el mundo, limitando sabiamente el fulgor de unas palabras que se niegan a caer en la red, persiguiendo siempre el otro lado de los signos, el envés de las imágenes, con un vigor derivado de la estirpe de Quevedo y César Vallejo, que deja traslucir el hallazgo de un orden que se agiganta en procura de precisión, evitando el desborde del ingenio e impidiendo que los vocablos (y los versos) escapen a lo que salgan.

Pudo ser aquella viejísima abuela que, "tan mañosa al alba fría", mítica y real, mecida en el sudario, aligeraba los años sin adularlos y sin usar como alimento de la memoria otra cosa que el peso de la respuesta de la muerte a las bravatas del tiempo; o, más concretamente, con la mirada de fin de viaje dispuesta a eludir el rencor de la despedida o el aleteo, sin buscar la rama que desde tierra firme le permitiese continuar asida al mundo.

Tal vez quiso también ver en alguna "señorial señora" el rito de los modos discretos que tiene el tiempo para acudir en el instante en que se pasa la lista y falta firmar. Y aún en la cola que se produce en la espera del bus, Rubio supo postular los alcances legítimos y duraderos de la imposibilidad.

En *Trances*, su muy reciente libro, todo es ya

la suprema mortificación, esa que permite llamarse a engaño, dejando de afanarse en dar a las cosas sus nombres. Infundiendo al mito el don de la apariencia y dejando que se apegue a la verosimilitud del acabamiento, provoca un estado de disponibilidad que contagia a cuanto le rodea, permitiendo así que lo precedero (él mismo, su hijo Armando, cada uno de sus lectores y este comentarista) se le avecine con sus mejores galas. Así habrá de decir:

*Arrimado a la esquina de la mesa,
fiel, infinito el son de mi cubierto,
quisiera seguir siempre el mismo Alberto
Rubio resucitado con su presa.*

No obstante, comensal de esta cena que ya Shakespeare, en una oportunidad, considerara como aquella en la cual ya uno no cena sino que es comido, prodiga la muerte a manos llenas, y se bate entre avances de una temporalidad que agobia, quitando a la energía el cimiento, o provoca el derrumbe, con la fuerza del vendaval que lleva hasta quizás qué sitio: hasta el cansancio de Dios, presumiblemente:

*Dios mismo se cansó cuando encendía
su universo, del mundo, que no cesa
de cansarme como a El lo cansaría*

*con su fulgor de chispa en cielo presa,
viva en el tiempo enorme todavía,
pronta en el infinito a ser pavesa.*

Las señas gongorinas, el don visionario de la existencia (asomando siempre al gran pozo de Quevedo), su propio impulso de fe en la palabra que redondea el dolor, cribándolo en beneficio del mundo que sobrevive, apoyan el admirable poema "Padre", la ardua simetría de esos patéticos y perfectos endecasílabos. La gárrula muerte se vuelve prolija y sube la voz:

*¿Se cumplió un vaticinio de gitana,
todo el caer cada segundo, cierto,
blando el cuerpo, el apoyo, hijo de lana?*

Y en la plenitud de la elegía, acendrándolo todo a una, dolor y muerte, anécdota y sorpresa, gracia y trascendencia, no evita que se congreguen en el poema la lágrima y la reflexión, que surge a saltos buscando el gazapo de la Naturaleza, la errata significativa acerca de cuantos mueren jóvenes:

*¿Mejor vivir sin odio, resignado?
Tan evocable ante fecundos huertos,
¿cómo olvidarlo? ¿En yermos o en desiertos,
sobre glaciares o en un mar nevado?
Si conjuro al demonio de la ira,
basura soy, que Dios tan limpio tira.*

El dolor no permite la adulación de sí mismo ni el hallazgo del artificio del orfebre. Se trata de más, de mucho más que todo eso. Y Rubio nos permite ver, en la casa del dolor, el palacio de la sabiduría. •

Alfonso Calderón